

María Antonia González-Valerio

Entre filosofía y poesía

He preferido la obscuridad que en un tiempo ya pasado descubrí como penumbra salvadora, que andar errante, solo, perdido, en los infiernos de la luz.

María Zambrano, *Filosofía y poesía*

La relación filosofía y poesía se presenta como uno de los ejes centrales del pensamiento de María Zambrano. Desde él no sólo elabora una lectura crítica de la tradición filosófica, sino que también hace emerger una de sus más significativas propuestas: la razón poética. Es indudable que toda discusión contemporánea sobre las relaciones entre filosofía y poesía cruza o bordea la filosofía de Zambrano. En el presente ensayo analizaré brevemente la relación entre filosofía y poesía que la filósofa española establece en su texto *Filosofía y poesía*.

María Zambrano considera a la filosofía y a la poesía como dos mitades del hombre, dos mitades en enfrentamiento constante. Dos mitades que pareciera anuncian la totalidad del ser humano, una totalidad que se vislumbra, quizás, inalcanzable, una totalidad que recuerda al Eros platónico de *El banquete*, al Sócrates músico de Nietzsche.¹

¹ Cfr. F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza, Madrid, 1994.

A partir del enfrentamiento y entrecruzamiento entre filosofía y poesía es posible relatar, interpretar la historia del pensamiento occidental. María Zambrano ensaya en *Filosofía y poesía* otro punto de partida distinto al tradicional para contar esta historia: la relación entre filosofía y poesía; ensaya la posibilidad de que la vida humana se dé, se desenvuelva entre el filósofo y el poeta.

Entre el filósofo, porque éste representa al hombre en su historia universal; entre el poeta, porque éste representa al hombre individual. La vida humana se desenvuelve entonces entre universalidad e individualidad; entre la historia que cargamos, que llevamos a costas, y la que fraguamos a cada paso; entre el encuentro gratuito que es la poesía, y la búsqueda esforzada y violentada por el método que es la filosofía, entre la luz y la tiniebla, entre el ascenso y el descenso.

Filosofía y poesía son dos caminos distintos en los que el hombre se gana a sí mismo, en los que construye su ser y su existencia, en los que hace de este mundo un mundo humano: construcción amorosa del hogar, lograda tras una lucha incesante con la realidad, batalla que se realiza con la palabra, filosófica o poética: dos modos distintos de nombrar, palabra que emerge con toda su fuerza ontológica, originaria, palabra de revelación, de develación.

¿Por qué hablar de una batalla con la realidad? ¿Qué es la realidad para poder hablar de ella en términos de una batalla que se libra con la palabra?

En su texto, *El hombre y lo divino*, María Zambrano asegura que la realidad “es algo anterior a las cosas, es una irradiación de vida que emana desde un fondo de misterio, es la realidad oculta, escondida”.² A esto le llama lo “sagrado” en contraposición a lo “divino”, que corresponde al desocultamiento, al aparecer.

² M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, FCE, México, 1993, p. 33.

Lo “sagrado” y lo “divino” se muestran en dicho texto como categorías ontológicas que hablan del ocultamiento y del desocultamiento de la realidad, desocultamiento que se realiza con la palabra poética, poéticamente abre el hombre su espacio en el mundo.³

Lo abre porque la realidad, de primera instancia, se le presenta al hombre como una ocultación radical del mundo y de sí mismo, por ello, María Zambrano puede afirmar que no hemos inventado la realidad, ésta no es un constructo, sino que la hemos encontrado con nuestra vida, la realidad es un padecer que nos llega arrolladoramente y frente a la cual nos encontramos temerosos, angustiados, horrorizados, y en la cual nos encontramos irremediamente.

En la realidad avasalladora como *continuum* sin nombres y sin distinción nos encontramos prisioneros del delirio, dice Zambrano del “delirio visionario del Caos y de la ciega noche”.⁴

El filósofo y el poeta son prisioneros del delirio, del asombro, de la realidad. El hombre tiene que salir del delirio primero, para encontrar su ser, para ganarlo ya sea por búsqueda (como la filosofía) o por donación (como la poesía). Pero es desde ese delirio frente a la realidad desde donde emerge la manifestación de lo divino, instante que comienza a arrojar luz sobre la tiniebla: que se abra lo divino desde las entrañas de lo sagrado, que comiencen a aparecer las formas, las figuras: que aparezcan los dioses como una forma de trato con la realidad.

María Zambrano asegura que cuando no hay todavía dioses ¿a qué crearlos?

³ Esta idea no deja de recordarnos al Heidegger de Hölderlin y *la esencia de la poesía* (Anthropos, Barcelona, 1989) donde afirma que: “Poéticamente es como el hombre hace de esta tierra su morada” (p. 37).

⁴ M. Zambrano, *loc. cit.*, p. 28.

Si se les ha creado debe de ser por algo ineludible. Es, sin duda, el aspecto primario, original de la tragedia que es vivir humanamente. Pues antes que entrar en lucha con otro hombre y más allá de esa lucha, aparece la lucha con ese algo que más tarde, después de un largo y fatigoso trabajo, se llamarán dioses.⁵

Dioses como palabra primera, como nombramiento poético originario. Los dioses permitirán la apertura del delirio, porque, según Zambrano, el delirio se abre gracias a un pacto con ellos, un pacto que permite nombrar y ordenar, dar forma y dar un lugar.

Con la aparición de los dioses, aparición que representa una larga y fatigosa lucha, el hombre puede ya caminar sobre un espacio abierto, desocultado y puede también comenzar a salir de la ocultación primera de su ser: con los dioses el hombre gana mundo y se gana también a sí mismo.

Mas en este momento todo se encuentra poblado de dioses, el hombre está lejos de tener un espacio propio, de sentirse libre, antes bien, se siente poseído: posesión divina, manía divina.

Esta posesión se refleja, se refracta en la poesía: fruto del delirio divino, no de la sabiduría humana. La poesía no es nuestra, sino de los dioses.

Allí encuentra Zambrano a Platón, quien cual guerrero trataría, en ese espacio poblado todo de dioses, de ganar algo para el hombre: el conocimiento.

Platón encarna la lucha entre filosofía y poesía, un enfrentamiento que proviene no del *logos*, sino del delirio primero.

Y es que Platón vivía en medio del terror trágico, en medio de la injusticia divina representada en la tragedia, donde el destino del hombre, al propio hombre se le escapaba de las manos, donde el mismo Prometeo, expresión desenfrenada de libertad, sucumbe ante la ira de Zeus.

⁵ *Ibidem*, p. 26.

La condenación platónica de la poesía⁶ es el gran triunfo del *logos* del pensamiento filosófico para el mundo occidental, un triunfo que representaría para la poesía la marginación, la vida en los arrabales, al decir de Zambrano. Un triunfo a partir del cual la filosofía desterraría, exiliaría a la poesía del reino de la verdad durante muchos años, durante muchos siglos.

En la condena platónica se anuncia el imperio del conocimiento, la filosofía sistemática y el andar errante de la poesía, se anuncia también la escisión del *logos*, de la palabra, que ahora es tanto verdadera como falsa, la palabra, la misma palabra oscila entre la razón y la sinrazón, dependiendo de si es fruto del hombre o de la inspiración divina. Son las mismas palabras, porque el filósofo y el poeta hablan igual, las que dicen verdad o mentira.

La palabra, filosófica o poética, surge siempre del delirio, de la admiración, y por ende del terror ante la realidad, surge de la sorpresa (*thauma*), de la angustia. La palabra es grito, alarido frente a la sobreabundancia de la realidad.

Es tanto lo que hay (la realidad) que la reacción primera es un “pasmó extático ante las cosas”, afirma Zambrano, mas la filosofía encuentra el camino del desprendimiento, de la liberación por medio de la violencia, la filosofía ha de elevarse sobre la realidad, por ello, le llama Zambrano “un éxtasis fracasado por un desgarramiento”; filosofía que lleva cual corona a la conciencia, la conciencia “ese desgarramiento del alma”.

Frente a la realidad la filosofía comenzó su esfuerzo metódico por buscar algo más allá de la realidad, búsqueda inagotable, también infructuosa, de algo que no tendríamos pero que al menos la promesa, la esperanza de tenerlo podía tranquilizarnos.

⁶ Recordemos que la condenación platónica a la poesía consiste, entre otras cosas, en asegurar que el arte se encuentra a triple distancia del ser. Cfr. Platón, *La república*, Libro X, 599a: “[...] sus obras [de los poetas] que están a triple distancia del ser y que sólo componen fácilmente a los ojos de quien no conoce la verdad, porque no componen más que apariencias, pero no realidades”.

Frente a la gratuidad de la realidad, la filosofía buscó la verdad trascendente, frente a la gratuidad de la realidad, la poesía se aferró a ella. La palabra se divide, se escinde, los caminos se separan. El camino del filósofo marcado por la persistente interrogación, el del poeta por su enamoramiento a las cosas.

El camino de la filosofía sería el más seguro. ¿Cómo no habría de serlo? Seguro porque es suyo, solamente suyo, porque lo ha creado, construido a imagen y semejanza de su esperanza. Seguro porque por él transita el conocimiento: espejo de la esperanza de poder afirmar el ser frente al devenir. Y es que la realidad era tanta y nosotros tan indefensos, que la filosofía construyó una realidad más cómoda, más segura, donde pudiera moverse sin tropiezos, donde la luz venciera a la tiniebla, a cualquiera.

Mientras el poeta perseguía desde su marginación la heterogeneidad, la filosofía había ya ganado la homogeneidad y la unidad, mas construidas por ella; filosofía cual monólogo autorreflejante, pero sólo por amor, por amor a la unidad, por querer salvarnos y poseerlo todo. El filósofo lo quiere todo pero, “el poeta no quiere propiamente todo, porque teme que en este todo no esté en efecto cada una de las cosas y sus matices; el poeta quiere una, cada una de las cosas sin restricción, sin abstracción ni renuncia alguna”.⁷

Así, mientras el filósofo se quedaba con el ser, el poeta abarcaba al ser y al no-ser, porque la palabra poética se arrojó al abismo para sacar “de la nada a la misma nada y darle rostro y nombre”.⁸ Si la filosofía trabajaba con abstracciones, la poesía había de nombrar lo innombrable. Filosofía como movimiento ascendente hacia lo trascendente, poesía como movimiento descendente hacia lo inexpresable, hacia los ínferos.

La filosofía construiría el método que le garantizara la verdad, la poesía encontraría la verdad —no la filosófica, por su-

⁷ M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, FCE, México, 1996, p. 22.

⁸ *Ibidem*, p. 23.

puesto— sin método. Mas la verdad poética sería tachada de mentira, eso, desde que Platón escribiera su condena, porque para Platón, dice Zambrano con un fuerte espíritu nietzscheano,

la poesía representa a la mentira, todo representar es ya mentira. No hay más verdad que la que refleja al ser que es. Lo demás es casi crimen. La creación humana es puramente reflejante; limpio espejo el hombre, en su razón, del ordenado mundo, reflejo a su vez de las altas ideas. Lo que no es razón, es mitología, es decir, engaño adormecedor, falacia; sombra de la sombra en la pétreo pared de la caverna.⁹

Optimismo, eso es lo que ve en Grecia Zambrano con sus ojos nietzscheanos, un optimismo, una confianza en la razón nacida de la esperanza y de la condena. Frente a la desesperanzadora tragedia, la razón griega ofrecería esperanza, alejándose del delirio, de la embriaguez y del infierno en que se sumerge la poesía.

Frente a esta unión de razón y esperanza que se anunciaba en la filosofía, la poesía se revelaba con su sinrazón, sin ofrecer consuelo, sino ínferos y abismos. Llegaría después la época, esta, la nuestra, en la que —según Zambrano— los papeles se invertirían: la filosofía como el reino de la desolación, la poesía como el del consuelo. Inversión que no se traduce —todavía— en reunión.

Sin reunión, porque ya desde Grecia poesía y filosofía habían separado sus caminos, y con ellos su proceder y su procedencia. Filosofía y poesía no son sólo dos miradas distintas sobre el mundo, sino también sobre nuestro ser, la una habla de posesión —autoposesión—, la otra de esclavitud. El filósofo se quiere dueño de sí mismo, quiere ganar su ser con el esfuerzo del concepto, se quiere consciente, autoconsciente, se

⁹ *Ibidem*, p. 30.

quiere conciencia iluminadora que alumbre todo lo que es real, quiere ante todo ser “sí mismo” y no un “otro”. El poeta se entrega, sin intenciones, sin compromisos al delirio, a la palabra, no quiere reinar sobre ella, sino dejarse inundar por ella, no quiere poseer, sino sentirse poseído, para sentirse humano, demasiado humano. El filósofo quiere su ser a través de la búsqueda, el poeta, por donación; por eso no ha de encontrarse el hombre entero ni en la filosofía, ni en la poesía.

La palabra filosófica emergería entonces desde la conciencia, la poética desde las entrañas, de ahí los encuentros —que son ya siempre desencuentros— entre las dos palabras. Son muchos, innumerables, los encuentros y desencuentros que sufrirían filosofía y poesía desde que Platón escribió su filosófica condena, desde que se vio inundado —incluso redimido— por la poesía. Porque si la condena platónica desterró a la poesía para que viviera en la obscuridad, eso no implicó —ni siquiera en Platón— que filosofía y poesía no se encontraran, que no se miraran de frente.

Entrelazadas vivieron por el cristianismo en la Edad Media y el Renacimiento, y cuando la filosofía nació por segunda vez, en la Modernidad, convivieron casi armoniosamente, al decir de Zambrano, pues esta filosofía soberbia, irreverente frente a Dios, que hace al hombre autónomo, tan autónomo como quizás nunca hubiésemos imaginado, necesitaba hacerlos creadores, artistas, poetas.

“Ahora sí, realmente era ya el hombre a imagen y semejanza de Dios, pero tan imagen que en verdad no era imagen, es decir, reflejo, copia, destello, sino como antes se concibiera a Dios, libre y creador. Creador”.¹⁰

Precisamente ahí está el Romanticismo (con Hölderlin, Novalis, Victor Hugo, entre otros), como el gran abrazo entre filosofía y poesía, porque aquí ambas son creadoras del universo.

¹⁰ *Ibidem*, p. 77.

Curiosamente, Zambrano encuentra que es en esta época, la nuestra, cuando poesía y filosofía se ignoran. Se ignoran después de Valéry y Mallarmé con la creación de la poesía pura, que renuncia al delirio, que busca el método, que arroja la lucidez —lucidez de la conciencia— sobre el acto creador, *poiético*: el poeta ahí se olvida del delirio, de la posesión divina. El poeta se quiere dueño de sí mismo. “En esta era de la conciencia —afirma Zambrano— la poesía ha adquirido conciencia”.¹¹ Por su parte, la razón filosófica de tanto cerrarse en su sistema absoluto e invulnerable ha terminado por no encontrar otra cosa más que a ella misma. Negación de su origen poético. Entre estos encuentros y desencuentros poesía y filosofía no han dejando nunca de ser distintas, una desciende hacia el abismo, la otra asciende hacia el concepto; las escinde, sobre todo, el “método”.

Por eso, pregunta Zambrano si “¿No será posible que algún día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos su sueño?”¹²

Pregunto yo ahora si el pensamiento de Zambrano no es acaso la aurora deslumbrante de ese mañana, porque su palabra no es alejamiento ni construcción de sistemas, sino apego, apego tan cercano a las cosas y al origen, que hiere, que desgarrar la conciencia; porque su método es el descenso, porque su razón caminante es la razón poética, porque su palabra no es concepto ni idea, sino metáfora, metáfora que sugiere, que no afirma con contundencia, pero que tampoco renuncia a la luz, ni a la conciencia, ni al conocimiento; su palabra lúcida ilumina sin humillar ni vencer a la tiniebla. Su palabra es eco que resuena entre filosofía y poesía.

¹¹ *Ibidem*, p. 82.

¹² *Ibidem*, p. 99.